

CAPÍTULO 1

Un cálido día de noviembre, Beka Lamb ganó el concurso de redacción de la Escuela Santa Cecilia, que no quedaba lejos de la verja de entrada de la Prisión de Su Majestad, en la calle Milpa Lane. Para su familia fue como si, de un día para otro, Beka hubiera dejado de ser lo que su madre llamaba una «beliceña criolla del montón» y se hubiese convertido en una persona con una «mente elevada».

—En los tiempos del curuncuncún —dijo su abuela al anochecer— Beka nunca habría ganado ese concurso.

No era algo sobre lo que debatieran abiertamente los políticos en Battlefield Park, el pequeño enclave arenoso, situado en el centro de la ciudad, donde se celebraban las reuniones. Sin embargo, a Beka le habían advertido en casa una y otra vez de que los premios siempre los recibían los *bakras*, los *panias* o los expatriados.¹

—Pero las cosas pueden cambiar de veras —añadió su abuela, dándole un manotazo a un mosquito.

Estaba oscureciendo en la veranda de la parte frontal de la casa, y el perfume dulzón del estefanote en flor que trepaba en una tupida maraña sobre una celosía comba le recordó a Beka a las coronas del funeral de su bisabuela. La enredadera protegía

la veranda del exceso de luz durante el día y, por la noche, la convertía en un lugar privado desde el que ver a la gente pasar. Beka recorrió con los dedos la piel de una semilla que colgaba, como un mango verde, de entre las tersas hojas de la enredadera. Su abuela continuó:

—Y, tiempo más atrás aún, tú ni siquiera estarías en ningún colegio de monjas.

Allí abajo, al otro lado de la calle, Miss Eila iba cojeando hacia el arroyo. En la mano derecha llevaba un pesado cubo, lleno de inmundicia. Al pasar cerca del jardín de los Lamb, gritó:

—¿Sale alguien esta noche, Miss Ivy?

Beka agradeció que una leve brisa se llevara la peste que salía del cubo lejos de la casa.

—Una o dos, Eila —contestó la abuela de Beka hacia la calle, mientras se frotaba los tobillos con el trapo que usaba para espantar a las moscas. Equilibró el columpio, se levantó y se asomó a la barandilla con los brazos cruzados—. ¡Los chicos entraron en prisión esta mañana, Eila! ¿Vas a ir esta noche a la reunión?

—Por supuesto, Miss Ivy —dijo Eila, mientras se adentraba en el aserradero, al otro lado de la calle, y seguía su camino hacia el arroyo.

El Partido Independiente del Pueblo, el P. I. P., fundado hacía casi dos años, estaba llevando a cabo muchos cambios políticos en la pequeña colonia. Y la abuela de Beka, una de las primeras afiliadas al partido, se arrogaba, en parte, el mérito por el giro que estaba dando la vida de Beka, que había pasado desde su sitio junto al barreño de fregar, bajo el suelo de la casa, hasta un aula llena de libros, con vistas al mar Caribe.

Miss Ivy no estaba del todo cómoda con este cambio, pero siempre que su nuera, Lilia, sufría de la vista, ella lavaba y planchaba la ropa de toda la familia, para que Beka pudiera estudiar.

En esas ocasiones, sin embargo, aprovechaba para mencionar que cuando ella tenía catorce años, la edad de Beka, ya llevaba mucho tiempo ocupándose ella sola del barreño y la plancha, así como de cocinar de vez en cuando.

—Abuela —dijo Beka, levantando la cabeza de las rodillas—, ¿qué habría sido de mí en los tiempos del curuncuncún?

Miss Ivy echó una mirada hacia el rincón de la veranda donde Beka, sentada en el suelo, giraba la semilla en la mano, una y otra vez. Su nieta le preguntaba lo mismo desde que tenía diez años, y Miss Ivy siempre trataba de explicarle el presente con las historias del pasado. Pero, después de la última discusión fuerte con Lilia, esta le había pedido a Miss Ivy que por favor dejara de llenarle la cabeza a Beka con los cuentos de antes. Lilia decía que esas historias harían que Beka tuviera la piel muy fina y luego no se atrevería a hacer nada. Miss Ivy agarró el trapo limpio de cocina cuadrado del columpio y comenzó a sacudirlo lentamente contra sus piernas.

—¿Eh, abuela?

—¡Como le des una sola vuelta más a esa semilla, Beka Lamb, se va a soltar de la rama!

—Pero abuela Ivy...

—Mira, ahí vuelve Eila —dijo Miss Ivy.

En el patio del aserradero, al otro lado de la calle, Beka vio brillar el cubo esmaltado de Miss Eila, ya enjuagado, en medio de la completa y abrupta oscuridad del anochecer. Miss Eila apagó la linterna al cruzar la calle y se paró junto a la verja de madera. A Miss Eila le faltaban casi todos los dientes de delante. Beka no podía distinguir su rostro claramente en la oscuridad, pero los dos dientes que conservaba, uno a cada lado de las encías, relucían, blancos, como los postes que sostenían la verja de entrada al edificio del Gobierno.

—Hay muchísimas moscas junto al arroyo, Miss Ivy —dijo, sacudiendo el bajo de su vestido contra las piernas.

—Si echaran serrín en ese cenagal junto a la rivera, eso ayudaría con el problema de las moscas —contestó Miss Ivy—. Y supongo que la Compañía no arreglará esa letrina del puente hasta que no ocurran más accidentes.

Durante un rato, no hubo respuesta de Miss Eila. En la silenciosa calma previa al comienzo de la noche del viernes, Beka oía el quejido insistente de las ranas y distinguía el continuo estridor nervioso de cada saltamontes, que le llegaban desde la hierba alta del cenagal de enfrente. La linterna de Miss Eila golpeó el asa del cubo.

—Y mira lo que le pasó a Toycie, que ya no está, ¿eh, Miss Ivy? En diciembre hará cuatro meses.

—Es aún muy pronto para superar el duelo, Eila, pero ya es tiempo de empezar a hacerlo —le dijo Miss Ivy.

—¿Sabes? Mi hermana nunca me perdonará, Miss Ivy. Solo me confiaba a Toycie a mí.

—Le diste a Toycie lo mejor de ti durante catorce años, Eila, desde que tenía tres años, así que difícilmente le dolerá más a tu hermana que a ti.

Beka le dio un manotazo a un mosquito que zumbaba alrededor de su cara, y Miss Eila alzó la voz:

—¿Eres tú, Beka, cariño?

—Sí, ma.

—Me han contado que has aprobado el primer trimestre, Beka —le dijo Miss Eila.

—Sí, Miss Eila.

—Y, además, ha ganado ese concurso, ¿sabes, Eila? —terció Miss Ivy.

—¡Qué me dices! Sigue así, cariño. Toycie habría ganado el premio de música.

—Pero Eila, no había concurso de música... —añadió Miss Ivy—, y ¿qué ha sido de aquella guitarra?

—Ahí sigue, en casa, Miss Ivy. La tengo cubierta con una tela de yute.

—Deberías venderla, ahora que estás pasando una época difícil.

—A lo mejor hago justamente eso, Miss Ivy. Desde la devaluación, me las arreglo para comer arroz con frijoles de domingo en domingo.

—Eila —dijo Miss Ivy, como si se hubiera acordado de algo—, luego ven temprano para que podamos sentarnos cerca de la tarima esta vez.

—Por supuesto, Miss Ivy —dijo Eila, mientras levantaba el cubo.

Cuando Miss Eila empezó a alejarse, caminando por la calle hacia su casa, Miss Ivy le gritó, entre risas:

—¡Y no te olvides de traer ese taburete maloliente, Eila!

—¡Abuela! —le soltó, escandalizada, Beka.

—Bueno, la última vez que estuvo en Battlefield, ni siquiera se trajo una caja para sentarse —replicó, enfadada, su abuela—. ¿Es que hoy en día no puede una ni hacer un chistecillo?

Poco después, Miss Ivy añadió:

—Eila debe de estar superando lo de Toycie si está lista para ir a la reunión de esta noche. ¿Tú también vienes, Beka?

—Esta noche no, abuela —contestó Beka.

Miss Ivy dejó el columpio, se arregló la pechera y, sin decirle nada más a su nieta, se fue cojeando, apoyada sobre sus gruesas piernas varicosas, hacia el interior de la casa.

Beka se acercó al columpio y se sentó. Las luces de la calle se encendieron, iluminando las cestas de alambre llenas de orquídeas púrpuras salvajes que su madre colocaba a intervalos por lo alto de la fachada de la casa. Aún no habían dado las siete,

pero, en la esquina de la calle, algunos tenderos abrían ya puertas y ventanas, y la luz iluminaba en rectángulos Cashew Street, donde comenzaba Manatee Lane. Enfrente de la abarrotería de Gordillo, la tienda de comestibles y productos secos, el capitán del Ejército de Salvación y tres mujeres estaban colocando un tambor. De pie en la cuneta llena de barro, un hombre vestido de traje blanco y un sombrero panamá le vendía lotería a una mujer criolla flacucha. Había un cliente en el bar Chico pulsando los botones de la rocola. Varios muchachos que andaban cerca de la entrada se pusieron a cantar y a bailar, batiendo palmas al ritmo de la música pop norteamericana, mientras se movían hacia los lados, todos juntos, como un despliegue de bailarines callejeros. El tambor del Ejército de Salvación empezó a sonar con un bim-bam-bum piti-bum y se oía un tintineo de panderetas.

Del fondo de la calle llegó una carcajada ruidosa. Uno de los muchachos que estaban bailando gritó, con voz profunda y varonil:

—¡Soldado Taffee!²

Beka tiró del columpio hasta la barandilla de la veranda para asomarse a mirar. National Vellor pasaba por la calle en aquel momento, ignorando los silbidos, abucheos y burlas de los chicos, que se hacían los machitos enfrente del bar Chico. Su vestido de terciopelo de color púrpura flameaba a la altura de los tobillos. Caminaba meciéndose sobre unos zapatos de tacón dorados, con los talones al aire, y las lentejuelas plateadas del bolso lanzaban destellos a cada paso. Beka fue rápidamente a esconderse tras la zona más tupida de la enredadera del estefanote, donde no podía ser vista desde la calle. Se avergonzó de sí misma. Vellor había intentado salvar a Toycie por todos los medios, y aun así, justo la noche anterior, Lilia había dicho:

—Como te vuelva a ver otra vez conversando con la mujer culi esa que está medio loca, Beka Lamb, ¡hablaré con tu padre!

A Beka le daba la impresión de que últimamente su madre la vigilaba como un buitre mira a un cangrejo muerto.

Vellor pasó taconeando a su lado, con un tufo a perfume Kus Kus. Llevaba la larga melena lisa peinada hacia un lado formando una onda, y le brillaban los diamantes falsos del peinecillo. Apenas levantó la mirada hacia la casa. Beka se preguntó si Vellor tendría una cita en la ciudad con uno de los soldados británicos destinados en el campamento del aeropuerto, a unos quince kilómetros de Belice.

Miss Ivy salió de la casa, con un taburete de tres patas encajado bajo el brazo.

—Puede que ese abogado jamaicano hable en la reunión de esta noche, Beka.

—¿Sobre qué, abuela?

—Sobre por qué no pudo evitar que Pritchad y Gladsen fueran a prisión. ¿Por qué no te calzas y vienes conmigo? Mañana no hay clase.

—Esta noche no, abuela —dijo Beka—. Es que estoy cansada.

—De acuerdo, pero intenta no preocuparte demasiado, especialmente en un día como hoy. Voy a salir a esperar a Eila junto a la verja.

—Adiós, abuela —dijo Beka, mientras Miss Ivy descendía, refunfuñando, los escalones de la entrada.

Beka bostezó y se estiró todo lo larga que era sobre el suelo de la veranda. No se había celebrado ningún velatorio por Toycie, ni siquiera una noche. Miss Eila le había explicado a su abuela que eran tiempos difíciles y que no se podían guardar los nueve días de luto de rigor por Toycie, sobre todo teniendo en cuenta que Miss Eila no pertenecía a ninguna sociedad ni sindicato. Miss

Ivy se había ofrecido a pagar la comida, pero Miss Eila se había negado en redondo.

—A Toycie no le habría gustado que yo acabara en el hospicio por celebrar el velatorio; pero gracias de todas formas, Miss Ivy —había dicho.

Beka sentía que tenía que haber celebrado un velatorio por Toycie, o al menos, dedicarle un recuerdo a su amiga en la intimidad de su propio corazón. A través del hueco entre la barandilla y el suelo, Beka divisaba la casa de Toycie, en su misma calle. Miss Eila estaba cerrando la puerta con un candado antes de reunirse con la abuela Ivy, que se aclaraba la garganta con impaciencia, esperándola junto a la verja.

Beka vaciló. Hasta hoy no se había permitido una pausa para respirar, y si lo había hecho era solo gracias a su pequeño éxito y a que el pánico y el espanto habían remitido un poco. Volvió a dirigir su mente hacia el pasado de forma consciente, con la idea de echar un vistazo rápido y volver a la huida que había comenzado. Pero el pasado la sorprendió: el dolor ya no era tan punzante. Permaneció más tiempo en ese lugar, mirando, ahora ya de frente, y entrevió el destello de unos rayos solares, el centelleo del mar y una figura de piel morena clara con el pelo crespo que el viento había convertido en el nido de un pájaro, corriendo por el camino de arena caliente en Fisherman's Town...

—Ahora tengo mucho sueño, Toycie, niña —murmuró Beka para sí—. Tengo mucho sueño y estoy cansada, pero yo te velaré cuando despierte, lo juro por Jumbee.³